

Alerce

N° 125, enero de 2025. Sociedad de Escritores de Chile. Director: David Hevia.

Gabriel Garrido: un poeta de 17 años de edad transita por la ruta rokhiana

Nacido el 14 de febrero de 2007, Gabriel Noél Garrido Pinochet obtuvo en 2024 el Premio Literario Roberto Bolaño que, en la categoría de Poesía, otorga el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. Recién egresado del Instituto Nacional, ha participado activamente en las Academias de Debate, Gestión Cultural y Teatro del emblemático liceo, en el cual también integró el Centro de Estudiantes en 2021, desempeñando una labor organizativa en el marco de los conversatorios presidenciales. “Así como estos procesos creativos fueron parte fundamental en mi creación, también debo el gran resto a mi padre, por la instrucción literaria prematura; a mi abuelo por la experiencia campesina y obrera que ha compartido conmigo, y a mi abuela, por enseñarme la genuinidad del amor y la razón de mi función en el mundo”, declara el joven poeta, de cuyo certero trabajo literario divulgamos ahora una muestra entre los lectores de *Alerce*.

BRAMIDOS DE UN DEMONIO

José, el viejo, martillea la historia a la cruz de Cristo

Después de la inmensa lucha de clases, aún cae sobre mí el peso de la historia. Habiéndome hecho en el seno obrero, me sarpulle la pobreza y retorno a la gran mocedad de las minas, sin saber qué es, qué será, qué hago y por qué hago lo que hago, pero me afirmo que existo como existe la picota o el inmenso consumismo tronador inherente en mí.

Escoce mi lenguaje, lleno de picardías y colonialismos, por haber comido por los siglos de los siglos el pan con ají, que denota lo campestre y evoluciona, como nace un pollo, al forzoso trabajo constructor. ¡Cuál es mi destino si no es el de mi ascendente!

Me sitúo aquí y ahora llorando. Salgo de la garganta de una laucha, silenciándome, rasgándome el pecho y comiendo carne de dios, que se sostiene en la clase obrera y toda la miseria del proletariado mundial, de



vosotros y los hijos de vosotros, del muerto, del asesinado y del azotado con rebenques filudos de quienes convergen milenios de cientos y cientos de revoluciones.

De la muerte a la vida en un férreo petrolero, donde caían las nubes precoces sobres las cabezas sin casco de analfabetos que son historia, mi historia, la que narro en los pasillos de la universidad católica, en este edificio tan bello, donde en el paraíso ante mis ojos crujiera y relampagueara una generación completa, mismos que fecundarían este bramido horizontal al pensamiento vanguardista...

¡oh! Labrador de la tierra, que gracias a Dios no conoce a Freud, y sueña cuanto puede, y bailotea, y gorjea como y con las diucas, similar a ruidos ancestrales que en su nombre apresan obligados a los colonos, a cada maldito siervo español que heredaron de ellos este idioma para cornearlo y violarlo en la prosa cuanto se les antoje.

Siempre fueron surcos hidalgos, con sus gemidos al cielo y la vaca, pletórica, en su compañía muge a Zeus, a Platón, a quien fuere y fuere por el desprecio mundial y el agotamiento del cosmos e invasiones a la luna, a lo que encontrase por fortuna el humano, como profetara Maquiavelo.

Sigue el derrame universal en su totalidad, mientras el viejo José cae del cielo, colgado del cogote por un Dios que lo “tiretea” de los cuernos que supuestos le salen de la frente, cae gato, filudo, expansivo, en los átomos de los sacos de papas; aparece poetizada la mocedad en el magín con barro y ojotas mal paridas.

Cayendo nuevamente la muerte, en momentos de espanto, José corre por Linares de las lechuzas con un tornillo clavado en cada víscera, con shocks de eternidad en las vértebras y el escepticismo que le babea de las venas. Ya veis a José martillando la historia a un caballo de leña.

El hombre de Rokha

Empeñado en el Licantén gigante, con aura fúnebre sangrándole de la vena estelar de un animal silvestre, cabalga el hombre duro, el hombre que apuñaló la tripartición de un alma.

Mi amigo de piedra es todo el universo completo, es un verso pegado con colafría a la materia oscura.

Su prosa la comparte chile-inmenso, incluso existe en la costilla de la ternera y es rugido rojo, es una lágrima del infinito, o el bramido del mosto, o el zumbido crujiente de la articulación de un Dios enfermo de socialismo, o es ruido y más ruido.

Toma texturas rugosas en la materialización de una onda pragmática en lo superfluo de la realidad, con su curvatura económica, a la similitud de un cielo rotundo con manos hegelianas.

Tantea violento desde la lejanía vanguardista latinoamericana, a quien yerra dignidad por dignidad en la fortuna imperialista de la podredumbre de un cadáver vivo, académico e ilustrado; misericordioso de rokha en el debate genealógico del siglo XX, pobre como el caldo de congrio, o duro como la tetilla friolera del marxismo, que también excitó de placer, y ríe, y canta, y se celebra, y es la complacencia del pueblo entero.

Es como la miseria enterrada del hombre, es como la desgracia encarnecida y perfecta de la hierba buena; es de su agonía el canto místico y matemáticamente exacto de un anciano en los umbrales de la metafísica.

Convive con las una y mil cosas, con el hocico tercero hediondo a filosofía y anticristo.



Un ensamble de cuadros escribe la nueva novela de Gamalier Bravo

Narrador, ensayista y poeta, Gamalier Bravo Cáceres (1974) publicó a fines de 2024 la novela *El corazón de los corazones violados*. Desde el comienzo, tres cuadros en una pared anticipan con acierto no solo lo que va a suceder y ya ha sucedido, transparentando, asimismo, la técnica literaria de la que se vale el autor para tamaña tarea. En efecto, lo que sigue es la incesante interposición de esas imágenes, que en el volumen empalman magistralmente la huella de reconocidos personajes universales con el de los que pululan en la cotidianidad local. Compartimos con los lectores de *Alerce* uno de los más memorables capítulos de esta inteligente obra.

Dibujo semiautomático

Estuvo dibujando un retrato hablado, más que recordado. Cerca, un sillón de cobertura sintética donde hay una infinidad de papeles revueltos en los cuales se puede distinguir algunas palabras, títulos y nombres: *Sinfonía napoleónica*, *Un hombre muerto*, Anthony Burgess; *Mortal y rosa*, Francisco Umbral; *Diez*, Juan Emar; *La condena contra la tiranía*, Stefan Zweig; *El tabaco: La herencia americana* (anónimo); *Policéfalo y Señora*, Ramón Gómez de la Serna; *Los fantasmas de los libros*, grabados varios de Doré; *Las tablas*, *El Urizen*, William Blake, etcétera.

La pared está cubierta con muchos rayados de pertenencia. Quien quiera que entrara podía dejar un mensaje: Aquí estuve YO, Tu amiga Mara te ama, No tienen idea de lo que están haciendo, etc.

Tres cuadros. Caravaggio, *Judith cortando la cabeza de Holofernes*: la bella viuda, impávida, con un mínimo gesto de repugnancia, decapita al general asirio. La violenta imagen es apenas un agónico destello de claridad dentro del departamento. El maestro de la luz exalta la piel de la joven vengadora. Los rostros de los tres personajes que aparecen en la reproducción de la tela matizan el horror de la escena: Holofernes y su último grito; Judith y su ceño fruncido; la vieja con un rictus de odio parece ser la verdadera asesina.

El retrato: es una de esas típicas pinturas que se mandaban a hacer para inmortalizar a alguien de la familia, generalmente los padres, y que, en esta ocasión, muestra a un señor vestido de militar con uniforme blanco de caballería. La comisura derecha de sus labios está algo alzada y le da un toque socarrón y divertido. Estos cuadros generalmente eran sacados de una fotografía y pocas veces daban la sensación de un trabajo realmente acabado, como sí ocurre en este caso.

El tercero: el afiche promocional de *M*; Peter Lorre frente al espejo se toca unos colmillos inexistentes de vampiro. El rostro del actor, gracias a la maravilla del blanco y negro, de verdad parece el de un vecino que hubiese sido sorprendido en su secreto actuar desde una ventana a la que él no tiene acceso para ver que lo observan. El título del filme está coloreado en rojo y a duras penas se distingue; solo si se hace un esfuerzo de concentración mayor se logra percibir, al igual que el nombre de Fritz Lang como director.

Dibujaba una Quimera, tal vez una sirena, algo sacado de las aberraciones imaginativas de Plinio el Viejo; El libro de los seres imaginarios, de Borges; los textos zoológicos de la América extraña y nunca descubierta.

Una mujer con el cuerpo animal híbrido de muchas especies. Las clásicas: melena de león, cuerpo de cabra, cola de serpiente. La cara recuerda



las pinturas de Egon Schiele: una mujer de rostro alargado y mirada extasiada; labios entreabiertos y tez morena.

Quien dibuja escucha, tras dos horas de trabajo, en un lector de DVD, la *Sinfonía Inconclusa* de Franz Schubert, primero; después, los cuartetos para cuerda de Shostakóvich, y luego una recopilación de *The Stooges* que incluye: *Scene of the crime*, *I'm sick of you*, *Jesus loves the Stooges*, entre otras canciones.

La verdad es que quería dibujar un ángel, pero aquella primera intención fue derivando hacia otras dimensiones, como le ocurría siempre que trataba de evitar alguna responsabilidad. Por otra parte, la mirada terrible del ángel es la que te lleva a la muerte, pensaba, y por eso era preferible dejar actuar la imaginación de manera totalmente libre.

En el diario donde trabajaba le habían pedido que realizara una semblanza, acorde al editorial, por supuesto, de la reciente muerte de Virginia Simone, «la Guardiania de la cultura», que era como se la conocía.

Simone tuvo una columna semanal, cada domingo, en *Hermes desalado*, donde se hablaba de diferentes temas con completa libertad. Incluso cuando tuvo que huir a Argentina, tras una publicación novelada en que se explayaba sobre el actuar político y privado de los militares en plena dictadura —y esto cuando nadie decía nada— siguieron apareciendo cada fin de semana sus opiniones sobre distintos temas contingentes, además de variadas experiencias y confesiones de ánimo que iban desde el más profundo hastío hasta la más infinita alegría.

Se llenó de papeles al tratar de seguir el actuar de la escritora: saber a quiénes conoció; quiénes fueron aquellos que la admiraron o no; cuántos la habían visto de joven y podían darle una descripción, etc. Esto último podía ser esencial, tomando en cuenta que a la autora no le gustaba dar entrevistas ni fotografiarse, pues sufría una aversión paranoica a su imagen de mujer ya envejecida. Por otra parte, al haber empezado ya adulta a publicar, exactamente a los cuarenta y cinco años de edad, no eran muchos los registros que se conservaban anteriores a su reconocimiento tras dar al mundo una extraña fábula a la que nadie pudo calificar y que hablaba de muchos espacios llenos por el recuerdo de una mujer a la que se dirigía el narrador, o narradora, en este caso; mujer que luego se supo era su hermana, y que fue su primer trabajo cedido a la imprenta en 1978, lo que partió siendo para alguna crítica, la más «seria» de aquel tiempo, obra en clave de lesbianismo y sexualidad aberrante, a la cual se llegaba atizando variadas citas de Mircea Eliade, Jung, George Bataille y Herbert Marcuse, y que no era otra cosa sino el homenaje de amor a la sangre y la compañía infantil por parte de la autora hacia su única hermana, de la cual tuvo que separarse cuando niña.

Todos quienes hablaban de ella en aquella época de trabajo primero —que incluía tres novelas: *El cadalso*, *Farewell my Mussolini*, *El demonio en la multitud*, más un libro de crónicas: *La mujer en la escalera*, y el libro de cuentos *El bigotito de Adolf*— se inventaron un itinerario de ruta donde la acompañaban en sus diferentes etapas de vida a la vista falsas. Es así como uno dijo ser su amante, otro la nombraba como compañera en la Sorbonne o en la Universidad de Chile, lugares donde la Simone estudió, e incluso alguna dijo ser el verdadero personaje que cruzaba cada uno de sus escritos y que la autora llamaba Objeto, siendo este apelativo muy lejano a cualquier concesión feminista, pues en realidad era una representación de referencia literaria en que la escritora tomaba la experiencia de un protagonista como observador de los hechos ocurridos, ya sea en primera o tercera persona, y por lo cual este objeto-testigo siempre debía estar presente.

Dibujaba la cara, pues todos recordaban el rostro, aquel que él mismo vio en las fotos tomadas dentro del ataúd y que ya no era el mismo que la autora tenía siendo más joven. Las últimas imágenes antes y después de la autopsia: un cuerpo que ya no era sino una masa informe, drenada; cuerpo de ballena-medusa como las que se encontraban en la playa, agonizantes y perdiendo su forma.

Un platillo con un montecito de cenizas, un envoltorio de chocolate y una manzana con dos mordidas en su lado derecho. Un gato de porcelana junto al espejo, donde brillaba una luz muy pobre y que solo reflejaba la cabeza del felino.

Se había mandado a hacer una camiseta de mangas largas donde aparecía Orson Welles posando su inmensa humanidad en una silla estilo siglo XVII, de utilería, y que el bueno de Orson había rescatado de lo que quedó tras el rodaje de *El Cid*, con Sofía Loren y Charlton Heston. Con un puro en la mano aparecía el director en uno de los descansos en medio de la filmación de su película *Falstaff*. Sobre el estampado de la imagen una leyenda que dice *Modela tu cuerpo y, en la posterior, una bicicleta invertida*.

Francisco Meneses, cronista, crítico de cine y creador gráfico de la revista *De las Artes y Las Letras*, del tabloide virtual *Breve Cárcel*, que además funciona como periódico quincenal, y colaborador, en esta y en varias ocasiones, del diario *Hermes desalado*, dibujaba un retrato que se le hacía imposible.